

español únicamente, como antaño. Una jerigonza endiablada en que alternan idiomas de todo el mundo, junto con los intereses de todo el mundo, dificulta la acción de los países indefensos que componen la tierra americana. ¿Quién tiene los hilos de la paz del Chaco? Porque sobrecoge el ánimo de los que contemplan sin «arrièrepensée», el monstruoso y ya excesivamente largo duelo del Chaco, la ironía de unas gestiones de paz, sin suspensión previa e inmediata de las hostilidades.

Desde que se iniciaron las conversaciones oficiales de paz van corridos muchos días, y nadie ha podido poner paz en la zona de guerra. Se conversa oyendo el estampido de los cañones, sintiendo el lamento de los moribundos, el estremecimiento de la juventud sacrificada inútilmente. Tres años de matanza no han bastado para aplacar los intereses en juego. No decimos los odios, porque ellos se han creado ahora y son el fruto exclusivo de la guerra. La juventud boliviana y paraguaya, ha oído la germinación del odio, cuando los intereses fueron incapaces de ceder en beneficio de la vida y en homenaje a la humanidad. No cedieron ni ante la miseria, ni ante el agotamiento de dos pueblos para los cuales la guerra carece de sentido. Ya esos escuadrones odian la guerra. Comienzan a sentirse víctimas de intereses, fríos e implacables, de los cuales no obtendrán un solo beneficio más tarde, cuando la guerra cese. Este trágico sarcasmo es el que debe terminar, por la dignidad de América.

Entretanto, en Buenos Aires, pacíficamente, continúan las discusiones sobre la paz, y en el Chaco continúan destrozándose los hombres. Veremos si en algunos días más, luce por fin sobre el continente, la lumbre que los combatientes buscan en vano y que todos los pueblos—es decir las democracias—han esperado desde hace tres años.

#### **Estatuas**

Se ha inaugurado en la capital en estos días dos estatuas de historiadores: la del máximo investigador de nuestro pasado Diego

Barros Arana y la de un historiador menor Crecente Errázuriz. Ambos fueron historiadores de pulso frío, objetivo, incommovible. Narraban con austeridad. Hacían desfilar los documentos, sin alterarse. Los ponían delante del lector y parecían decir: «Vean ustedes, esto fué Chile hace centenars de años». Barros Arana cumplió una obra inmensa. Agotó cuanto era posible investigar. No existe en Hispano América un historiador de su talla. Los dieciocho volúmenes que componen su obra, desde luego monumental, recogen la vida chilena desde los días más remotos, más allá de la colonia, hasta los primeros campases de la formación de la República. Era esa historia, antes de su estatua en bronce que se levanta en los jardines de la Biblioteca Nacional, la verdadera estatua que lo sostenía.

Don Crecente Errázuriz, compartió con la investigación otras actividades. Fué sacerdote. Y más tarde Arzobispo de la iglesia chilena. Era un estudioso voraz. Pero su obra no alcanzó el relieve de la de Barros Arana. La publicación de sus memorias levantó una oleada de protestas. Esas memorias de medio siglo recorrieron el velo de las disputas íntimas de la iglesia. Mostraron que también entre los pastores de almas se dan las pasiones más enconadas e hicieron ver que Chile, no ha sido solamente en el pasado, un hervidero de pasiones políticas, sino también un extraño hervidero de pasiones entre los religiosos.

Don Crecente era un hombre franco. Enérgico, de voluntad rectilínea. Juzgó que no debía callar. Y como conocía mucho su país, por lo menos a las gentes de su país, pidió a su legatario, al cual le había entregado sus memorias en 1923, que no las publicara sino después de sus días. El autor de Seis años de la Historia de Chile, sabía lo que le esperaba. Y no se equivocó. Su franqueza ha permitido ver un gran valle ignorado de la historia social de este país, que en general es muy propenso a guardarse los sucesos y a callar sobre acontecimientos que pueden molestar a los que en vida no tuvieron escrúpulo para hacer lo que hicieron. Y el libro

Algo de lo que he visto, *levantó una tolvanera que aun no se aplaca.*

*Pero ahora que se trata de estatuas. ¿Dónde está la del novelista máximo del siglo XIX, Blest Gana? ¿No fué también un admirable historiador de nuestras costumbres? ¿Y la de Lastarria? ¿En qué sitio queda la estatua de Lastarria? ¿No fué acaso uno de los precursores de nuestra emancipación intelectual? ¿No fué uno de los más heroicos en la lucha por el triunfo del liberalismo? Son deudas que deben cancelarse. Porque merecen con creces la inmortalidad de los monumentos.*